

Por ejemplo, la discusión sobre la imposibilidad de concebir el patrimonio en la dicotomía material e inmaterial cobra aquí una dimensión diferente porque esos portadores de patrimonio cultural, al dejar sus asentamientos tradicionales, sólo se llevan su patrimonio inmaterial y buscan “nuevas sedes” para sus prácticas culturales (patrimonio material), de las que se apropian y resignifican. Muestra claramente la complejidad de las relaciones entre la migración y los procesos culturales de aquellos actores que en un nuevo medio reivindican su cultura e identidad.

El penúltimo artículo, de autoría colectiva, expone el Proyecto de Investigación Antropológica Cerro de la Estrella: José Luis Alvarado, Narciso Mario García, María Elena Morales, Jesús A. Sánchez, Ana María Luisa Velasco, Susana Xelhuanzi, Francisco Javier Zamora (†) y Francisco Javier Zamora Quintana. Son seis años de logros y conflictos de un grupo interdisciplinario (antropólogos sociales, arqueólogos, arquitectos y biólogos) de un proyecto de investigación aplicada al servicio de la sociedad y de una propuesta de rutas diversas, tanto para la investigación como para la gestión del patrimonio cultural en su integralidad. La experiencia narrada muestra cómo se puede articular una iniciativa con el concurso social, al comprometer a las instituciones.

Por último, Ana Luisa Velasco Lozano expone “El paisaje ritual en la cuenca de México”, en el que reflexiona sobre el desmantelamiento del paisaje de esa cuenca con base en fuentes históricas.

Los ensayos incluidos en este volumen, además de su contenido y aportación específica, muestran en conjunto y a mi juicio varias cuestiones que me inspira el subtítulo de ámbitos y contradicciones, pero en mi propia versión, que no necesariamente tendrían que compartir los autores y las coordinadoras del libro.

Por el lado de los ámbitos:

1. Se afirma en forma reiterada que la diversidad de ámbitos del patrimonio cultural inmaterial es muy amplia y difícil la identificación de éstos aislados, sin su interrelación con patrimonio denominado “de otras maneras”, desde una perspectiva analítica.

2. La complejidad de los ámbitos o manifestaciones de ese patrimonio parece dificultar su sistematización y posteriormente su actualización, sobre todo al reconocer que es un patrimonio en transformación.

3. La necesidad de ampliar la investigación y la participación social en muy diversos ámbitos no estudiados del patrimonio cultural inmaterial.

4. El horizonte temporal que se antoja muy largo para contar con aportes académicos exhaustivos en la identificación y conocimiento profundo del patrimonio cultural inmaterial de México y acompañar ese conocimiento con la participación social de los creadores y portadores de ese patrimonio.

Por el lado de las contradicciones:

1. Las contradicciones que se plasman en los ensayos del volumen se expresan en términos de dificultades:

- Conceptuales o de definición de los ámbitos del patrimonio cultural inmaterial.
- Prácticas encontradas en la gestión de proyectos que se han propuesto desplegar acciones puntuales de salvaguarda.
- De interpretación y construcción de esta manifestación del patrimonio por parte del gobierno.

2. De esas contradicciones, me animaría a expresar que aún las estrictamente conceptuales se derivan de la difícil relación entre las instituciones, que confluyen con funciones distintas en la identificación, registro y salvaguarda del patrimonio, pero sobre todo entre los actores involucrados en las instituciones académicas (investigadores, directivos) en las instituciones gubernamentales

de los órdenes federal o local (operativos y funcionarios públicos); en los organismos internacionales, las organizaciones sociales y los propios portadores del patrimonio.

3. La extrema dificultad de confluencia entre las premisas y la lógica de los actores involucrados en la investigación académica y en la gestión pública está marcada, en el mejor de los casos, por las distintas aproximaciones disciplinarias o por la incompreensión de los niveles de trabajo, las responsabilidades y sus marcos normativos; en el peor de los casos, la extrema dificultad se vuelve irreconciliable debido a la descalificación y desprecio por la tarea del otro, sin soslayar, por supuesto, las diferencias ideológicas y de propósitos políticos.

Ése es otro libro o muchos libros derivados de intercambios y de la narración de más historias, de más actores que inciden en el tema. Pero este volumen que en esta ocasión se reseña aquí es de muchas maneras rico: por las dimensiones diversas que se abordan, por los abundantes contenidos etnográficos, por la revisión y esclarecimiento conceptual en otros, y en general por su sentido polémico. Se trata, en suma, de una lectura ampliamente recomendable.

•••

Julieta Valle Esquivel, Diego Prieto Hernández y Beatriz Utrilla (coords.), *Los pueblos indígenas de la Huasteca y el semidesierto queretano. Atlas etnográfico*, México, INALI/Universidad Autónoma de Querétaro/Instituto Queretano de la Cultura y las Artes/INAH (Divulgación), 2011.

**Leopoldo Trejo Barrientos**

A finales de 2011 salió a la luz un nuevo fruto del Proyecto Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México: en esta ocasión, el Atlas dedicado a los pueblos de la Huasteca. Una obra de tal magnitud ha implicado muchos años de trabajo que no

sólo se reflejan en las dimensiones físicas de la obra –con sus 2.8 kilogramos–, sino porque en 473 páginas concentra y sintetiza la información histórica, etnográfica, estadística y visual de un constructo heurístico tradicionalmente esquivo para nuestras disciplinas como es la Huasteca, y más aún la Huasteca acompañada del semidesierto queretano.

Para aquellos que tienen conocimiento previo de los atlas etnográficos nacidos de este gran proyecto –me refiero a los de Oaxaca, ciudad de México, Chiapas, Veracruz, Puebla, Chihuahua y Morelos– es claro que éste de la Huasteca y el semidesierto queretano es diferente, y en cierta medida podemos pensar que rebelde, pero con causa. Porque Julieta Valle, Diego Prieto y Beatriz Utrilla decidieron, a mi parecer con justa razón y valentía, dar la espalda a las fronteras políticas de los estados para en su lugar apostar por algo diferente que, a falta de mejores términos, me atrevo a llamar región histórico-cultural, con todo y que la propia Valle niega tácitamente esa posibilidad.

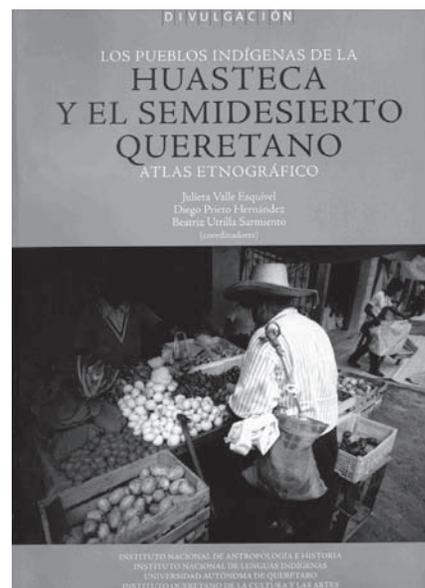
Luego entonces, gracias a esta decisión ya no tenemos que esperar la publicación de los atlas de San Luis Potosí, Querétaro, Tamaulipas e incluso Guanajuato para, como si se tratara de un rompecabezas etnográfico o incluso un Frankenstein, ir juntando las piezas que, con Veracruz, Puebla e Hidalgo, conforman la Huasteca y el semidesierto. No, ahora en un solo y gran volumen podemos conocer la diversidad etnográfica que desde tiempos prehispánicos hasta nuestros días caracteriza al noreste mexicano. Reconozco y celebro la rebeldía de los coordinadores, pues desde mi punto de vista siempre tendríamos que aplaudir cuando los criterios académicos se imponen sobre los administrativos, y por lo tanto cuando se elige el camino largo y sinuoso por encima del corto y llano.

En términos numéricos la obra fue escrita por 21 autores, incluyendo a los coordinado-

res, quienes redactaron 54 textos cuya distribución por extensión y tema es la siguiente: una introducción, 27 ensayos temáticos que incluyen estudios históricos, monografías por grupo etnolingüístico, además de ensayos que profundizan en áreas específicas o temas emblemáticos de la región. Por si fuera poco, en muchas ocasiones en el interior de un ensayo se insertan recuadros que amplían de manera breve pero detallada tal o cual problema o temática crucial para comprender y reconocer la diversidad cultural. De éstos leeremos 25.

Como es de esperar en un atlas, entre sus páginas aparecen 16 mapas, a los cuales se suman 27 cuadros estadísticos o informativos, 11 gráficos, dos esquemas y, para llenar el ojo de colores y formas, la raquítica cantidad de 458 fotografías. Si por mero ocio sumamos todo este material gráfico, resulta en 514 imágenes, que restado a las páginas totales –473– nos da algo así como que no hay páginas, o bien si existen son mínimas, en las que la mirada se agote en puras letras, pues como en los libros para niños, y por lo tanto en las obras de divulgación científica, al lado de la palabra camina siempre la imagen y así, codo con codo, ambas refieren un mundo que, aunque ajeno y lejano, termina por parecernos próximo e íntimo.

En esta breve reseña no cuento con espacio suficiente para detenerme en cada uno de los autores y sus respectivos trabajos. Sin embargo, no quiero dejar de mencionar sus nombres, pues en el conjunto del atlas Huasteca y semidesierto queretano todos son igual de importantes: José Bardomiano Hernández, Giomar Ordóñez, Luis Enrique Ferro, Julieta Valle, María Guadalupe Ochoa, Miriam Nayeli Jiménez, Mauricio Mayorga, Dulce María Espinosa, Diego Prieto, Alejandro Vázquez, Mirza Mendoza, José Antonio Romero, Eduardo Solorio, Heidi Chemin, Israel Lazcarro, Cristina Lagunas, Beatriz Utrilla, Vicenta Martínez, Aurora Castillo,



Sergio García y Carlos Guadalupe Heiras. En su mayoría son miembros activos y pasados de los equipos de investigación regional Huasteca y Querétaro del Proyecto de Etnografía: a todos ellos debemos esta obra.

Elegí centrarme en exclusiva en las monografías por grupo etnolingüístico, así como en algunos ensayos relativos a la economía, cultura material y procesos de cambio. Así, el grupo emblemático del noreste mexicano, los teenek o huastecos, son descritos por Valle y Hernández, quienes afirman que aunque los núcleos veracruzanos y potosinos son en realidad dos etnias distintas, en el plano de la cosmovisión, la mitología y, por supuesto, la lengua, el profundo parentesco entre ellos sale a la luz y los tiñe de particularidades que, sin lugar a dudas, los distinguen de sus vecinos pames y nahuas, con quienes comparten el territorio.

Hijos de Muxi' y Dhipak, es decir, de la Tormenta y el Maíz, los teenek han diversificado sus sistemas productivos al grado que algunos de ellos ya no tienen la milpa como la actividad primaria, sino que han volcado sus esfuerzos ya a productos comerciales como la caña, la naranja, el café y la palmilla, o bien –como en el caso de

los veracruzanos, donde la palma real pero sobre todo el zapupe han desplazado al maíz— obligado a los productores a convertirse en maestros en el tejido de morrales, sombreros y esteras: productos cuya amplia distribución sirve de puente entre la Huasteca y su viejo vecino el Totonacapan.

Entre las particularidades teenek que los autores mencionan destacan el patrón de asentamiento semidisperso común a ambos núcleos, el mismo que contrasta con la idea de pueblo concentrado que priva en gran parte del área de tradición mesoamericana. Asimismo es muy interesante la ausencia de los sistemas de cargos en el núcleo veracruzano, la cual se explica a partir de la triste historia de peonaje que cargan a sus espaldas los teenek.

Para el pueblo pame o xi'oi Ordoñez hace especial hincapié en su tradición o carácter seminómada, el mismo que muchas páginas adelante lo ayudará a explicar las estrategias de migración y desplazamiento que este pueblo ha emprendido a lo largo de los siglos. Condenados desde la Colonia al sedentarismo, los xi'oi lo fueron también a la agricultura de ladera, pues desde muy temprano en la época virreinal las mejores tierras les fueron arrebatadas. Además de la lengua, entre sus elementos distintivos están el mitote o tarima para bailar y la llamada “flauta pame”, que tiene la particularidad de necesitar la tela de una araña como membrana, la cual le da su característico sonido nasal.

El caso otomí es sumamente interesante no sólo para la Huasteca y el semidesierto queretano, sino para toda aquella región donde habita este extenso y conservador grupo etnolingüístico. Dada su amplia distribución, que va desde Michoacán hasta las tierras bajas veracruzanas, una de sus características es la falta de unidad étnica, a pesar de que, a decir de Utrilla y Heiras, existen factores comunes, como la devoción a la imagen del Santísimo, la celebración del

carnaval y, como era de esperar en el mundo otomí, la preponderancia del cuerpo en la aprehensión del cosmos y en la configuración de la comunidad.

Aunque en su gran mayoría dependen del cultivo de maíz, tanto la producción de artesanías como la cría de ganado menor son alternativas importantes a las que debemos sumar la migración. Si bien en la monografía no se hacen del todo explícitas las diferencias entre los otomíes de Querétaro y aquéllos de la Huasteca, no hay duda de que podemos reconocerlos a partir de producciones como el pulque y el recorte de papel, la primera una práctica propia de las tierras altas y secas, la segunda de las verdes cañadas y cumbres de la vertiente del Golfo.

Último asentamiento chichimeca-jonaz y único pueblo indio en el estado de Guanajuato, Misión de Chichimecas es hogar del grupo ezar. Como su nombre lo sugiere, este asentamiento chichimeca-jonaz es resultado de la sedentarización forzada a la que en el siglo xvi se vieron obligados los pueblos nómadas y seminómadas de la llamada frontera chichimeca. Gracias a la pluma de Ferro sabemos que, en la actualidad, en Misión de Chichimecas encontramos un interesante ejemplo de la dinámica de los sistemas duales, pues a partir de la construcción de una carretera el pueblo se dividió en Misión Arriba y Misión Abajo, la misma que en la actualidad se puede leer en términos de mitad étnicamente conservadora —la de arriba— versus la mitad aculturada —de abajo.

En el marco de su vida ritual llama la atención la fuerza que la memoria histórica tiene para este pueblo, el cual celebra su fiesta el 28 de agosto, día de san Luis de la Paz, nombre del municipio que, más allá de recordar la vida de un santo —que en todo caso sería Luis IX, rey de Francia—, recuerda la firma de la paz alcanzada por los españoles y los antepasados chichimecas: memoria de lucha que ha servido como motor de identidad de este pueblo minoritario.

Alejados ya de la frontera chichimeca aparecen los nahuas de la Huasteca, pueblos que, como en el caso otomí, antes que pensarlos en unidad es preciso distinguir en el interior de su propia lengua. Es así que en la Huasteca hemos de encontrar al menos dos núcleos: aquél del norte de Veracruz y Puebla y del noreste de Hidalgo, y el de San Luis Potosí y su frontera con Hidalgo. Para el oído entrenado tales diferencias se expresan por el fonema “tl” o “t”. Agricultores cuya vida material y simbólica aún descansa en el maíz, en la actualidad a los nahuas también se les reconoce por su trabajo en cerámica, pirotecnia, con fibra de ixtle y, me atrevería a añadir, por sus bordados.

En esta monografía que Ochoa y Jiménez nos presentan llamó mi atención la importancia que ha tenido el ejido en la estructuración de la comunidad, así como el impacto pernicioso de los programas de regulación territorial, como el Procede, los cuales atentan de manera flagrante contra las formas tradicionales indígenas. Asimismo se da un rol preponderante al compadrazgo, el cual en muchas ocasiones tiende relaciones mucho más trascendentales que los que la sangre o el matrimonio son capaces de construir. Pueblos que tienen en el majestuoso cerro Postectitla el centro del mundo, los nahuas de la Huasteca forman parte de un universo en extremo rico en expresiones rituales, como los carnavales propios de Todos Santos y del propio carnaval, así como los hermosos rituales que acompañan el ciclo de vida de los hombres y del maíz, descritos de manera breve en este trabajo.

Por último entran a escena los tepehuas, grupo totonacano que me servirá de pretexto para externar una amarga inconformidad; un malestar que se pensaría personal, pero que en realidad responde a la misma lógica que tanto he celebrado en este atlas. Lo expreso de la siguiente manera: ¿por qué, si nuestros coordinadores tuvieron el tino de trascender las fronteras políticas para

entregarnos una enorme área cultural que llaman Huasteca y semidesierto queretano, no se atrevieron a pasar igualmente por alto las férreas fronteras que nuestra disciplina ha construido entre eso que llamamos Huasteca y el Totonacapan? En otras palabras, al leer a los tepehuas –y en gran medida también a los otomíes y nahuas– no puedo sino extrañar a los totonacos septentrionales, a los cuales yo llamo de la Huasteca, y sin quienes la región meridional de esta área cultural no estaría completa.

Condenados al Totonacapan, confundidos con los pueblos de la Sierra Norte de Puebla, los totonacos del *costumbre*, del carnaval, del recorte del papel y del *Xantolo* son, a mi parecer, una ausencia sensible.

Por fortuna sí están los tepehuas, grupo etnolingüístico del que nos habla uno de los investigadores jóvenes más prolíficos de la actualidad y cuyos diversos trabajos etnográficos hablan por sí mismos: me refiero a Carlos Heiras. Echando mano de una terminología interesante que sutilmente marca las diferencias entre el recorte de papel y el uso de máscaras, nos describe parte de la vida ritual de este pueblo, el mismo con la particularidad de estar atomizado, ya que podemos reconocer al menos tres islas tepehuas: aquélla del norte, donde las comunidades de Tecomajapa y Chiltipan son emblemáticas; la de la sierra, que se concentra sobre todo en la cabecera municipal de Huehuetla, y por último la del Sur, que abarca las comunidades veracruzanas de Pisaflares, San Pedro Tziltzacoapan, así como el Barrio, en el barrio de Mecapalapa, municipio de Pantepec, Puebla.

En fin: es mucho lo que se podría decir de estas monografías, todas ellas llenas de información y detalles, sin por ello dejarse arrastrar por la jerga antropológica. He de destacar, miradas en conjunto, la coordinación que hubo en su redacción, pues todas siguen un mismo patrón de exposición que, en orden estricto, nos va describiendo

lo relativo a la lengua, las formas y estrategias de producción y subsistencia, la organización social, la vida política y la práctica ritual. Gracias a esta armazón compartida el lector se dará cuenta de las enormes recurrencias que descubrimos entre los seis grupos, como las formas de organización y producción familiar, la importancia de la tenencia de la tierra y la cada vez más necesaria migración en sus múltiples modalidades. Después de la lectura ordenada de estas monografías, al mismo tiempo que uno se hace del conocimiento de las formas de ser único que cada grupo construye, queda el amargo saber de que estos pueblos han debido librar sangrientas batallas por sus tierras, las cuales les han permitido sobrevivir pero que aún no se ven reflejadas en una vida digna; es decir, en un mundo lejano a la pobreza y la discriminación, donde el campo sea una elección diaria y la migración no se viva como condena.

Quiero referirme brevemente a los ensayos de Espinosa, Vázquez, Valle, Hernández y Lazcarro. No podía dejar pasar el primero porque, cuando se habla de la Huasteca, no se puede sino pensar en Huapango, y es precisamente en este texto donde se aborda ese tema y se nos exponen los seis estilos que, no por casualidad, corresponden con los seis estados que de una u otra manera tienen algo de huastecos: Puebla, Hidalgo, Veracruz, San Luis Potosí, Tamaulipas y Querétaro. Por fortuna el escrito no se agota en el son huasteco, sino que también describe esos otros sonos periféricos mas igualmente hermosos que se dejan escuchar cuando las ofrendas son entregadas. Sonos de costumbre, sonos de huapango, jarana, huapanguera, arpa: son sólo algunos puntos que se tratan en este ensayo.

Por otro lado, en un ambiente seco donde predominan el mimbre, la vara de sauz y el ixtle, vemos la manera en que las manos otomíes y pames moldean la identidad. El trabajo de Vázquez Estrada es un viaje por

la producción textil, cerámica y de fibras que aún podemos encontrar en el semidesierto queretano. El autor nos lleva desde la Sierra Gorda hasta Cadereyta, pasando por Tequisquiapan, y en ese trayecto lo mismo descansamos en una hermosa sala de mimbre que nos cubrimos con cálidas mantas de lana, al tiempo que nos hacemos de útiles ollas de barro.

Valle, profunda conocedora de secretos culinarios, no podía sino hablar de sabores, y qué mejores que los del Chile. Gracias a su lectura ahora sé que los chipotles que suelo comer no son una especie ni variedad que se distinga del jalapeño, sino que es el proceso de cocimiento el que los vuelve chipotles. Y no sólo eso, sino que de seguro los chiles que consumo probablemente sean descendientes de un largo linaje que data de la época prehispánica y recorrió la ruta entre el Altiplano y Zontecomatlán, lugar donde el Chile que le ponen al chorizo no tiene igual. Así, entre metáforas viriles, distinciones de edad, colores, sabores y picores, sólo se me ocurre decir que, contrario a la lógica que priva en el Istmo de Tehuantepec, donde el Chile verde es picante pero sabroso como un buen mancebo, en la Huasteca el buen hombre, y por ende el buen Chile, llorona, ha de ser rojo y no verde.

Me gustaría extenderme más, pero no es posible. Para terminar quiero referirme al texto de Lazcarro, quien nos presenta un interesantísimo caso de sincretismos y dogmatismos en una comunidad nahua hidalguense. En el marco de la segunda gran empresa de evangelización que han sufrido estas tierras, las comunidades de Polintotla y Xochimilco nos presentan un cuadro de contrastes que, en lo personal, jamás me habría imaginado, pues no se trata sólo del antagonismo entre el catolicismo y las nuevas ofertas religiosas, en este caso el pentecostalismo, sino de la lucha “carismática” entre los renovados católicos y los pentecostales.

En el marco de estas disputas, aquellos pobres católicos tradicionales no parecen tener otra opción que mirar cómo la imposición de manos, el don de discernimiento, el de lenguas, van de un templo a otro al mismo tiempo que se debe decidir si se olvida a los difuntos o no, si se entierra a los muertos en el cementerio o no y si se sacrifica a un toro para evitar represalias ancestrales. Se trata, como ya he dicho, de un ejemplo de las enormes complejidades que esperan agazapadas detrás de términos a veces tan amplios y tan claros como sincretismo o conversión. Vale la pena su lectura para darse cuenta de que el cambio y la innovación nunca se llevan a cabo olvidando, sino refuncionalizando.

•••

Inauguración de la exposición fotográfica colectiva *¡Viva el Bicentenario, viva Santa Rosa Xochiac!*

**Esther Gallardo González\***

El 28 de febrero del presente se inauguró en el Museo de El Carmen la exposición fotográfica colectiva *¡Viva el Bicentenario, viva Santa Rosa Xochiac!*, en la que se muestra una colección de 61 imágenes que dan cuenta de los festejos de Independencia celebrados en el pueblo de Santa Rosa Xochiac.

La exposición es producto del Seminario Permanente de Semiótica de la Imagen y Antropología Visual de la DEAS y muestra fotografías de principios y mediados del siglo pasado, en blanco y negro, facilitadas por los vecinos del pueblo. Especial mención merecen las imágenes obtenidas en el trabajo de campo realizado en 2010 por fotógrafos como Juan Román Berrelleza, Teresa Mora Vázquez y Esther Gallardo González, miembros del citado semina-

\* Dirección de Etnología y Antropología Social, INAH.

rio. Asimismo se contó con un registro en blanco y negro de María Constanza Motta en torno del chimo –un judas elaborado en papel maché por los vecinos del pueblo–. La museografía estuvo a cargo de Armando Amador Islas.

Alrededor de las siete de la noche los vecinos de Santa Rosa Xochiac, San Lorenzo Huipulco, San Francisco Tlaltenco, Los Reyes Coyoacán y algunos pueblos más se congregaron para la inauguración, a cargo de la directora de la DEAS, la maestra Carmen Morales Valderrama, quien reconoció el gran trabajo realizado para presentarla, así como la importancia de estar en un recinto como el Museo de El Carmen, en San Ángel, que es un lugar de suma importancia en la relación de los pueblos de la demarcación.

Tras el recorrido inaugural se organizó un convivio, que desde luego no podía faltar, con música y bocadillos; para ello se contó con la presencia del grupo Soquiac, de Santa Rosa Xochiac, que interpretó canciones que relatan historias de su pueblo. El festejo no pudo tener mejor marco que los muros coloniales que envolvieron a todos los asistentes en una atmósfera exquisita. Por último se invitó a una visita guiada programada para el 3 de marzo a las 11 horas. La muestra estuvo abierta al público hasta el 10 de marzo.

•••

Raquel Padilla Ramos, *Los irredentos parias. Los yaquis, Madero y Pino Suárez en las elecciones de Yucatán, 1911*, México, INAH, 2011.

**Francisco Ramírez Arroyo\***

Imaginemos que hemos abordado un tren, el del santo oficio de la memoria, el de los espejismos del tiempo, el de la búsqueda de las

\* Dirección de Etnología y Antropología Social-Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

constataciones y precisiones de los hechos. El tren que “recorre recorridos...” Y que para otras ópticas ese tren también representa un recorrido. El libro que ahora reseño es la máquina que recorre un conjunto de eventos propios de un periodo fundamental en la historia nacional y al mismo tiempo es un eco resonante en la memoria de los yaquis, no necesariamente grato, pero un eco latente: hablar de la deportación a Yucatán y el sueño de la repatriación, pero quizá un factor decisivo para sostener todo tipo de esperanza es el de la conciencia de grupo, sustento, manejo y adecuación de las costumbres en tierra lejana.

Ahora nuestros ojos serán como el tren que recorre una ruta de conocimiento, de anécdotas y reflexión en cuanto al contexto vivido por *Los irredentos parias*, libro de Raquel Padilla Ramos cuyo título es tomado de *La Revista de Mérida*, con base en la forma como su línea editorial se refería a los yaquis: los marginados, los sin justicia. Mediante las 211 páginas de este volumen al cual me he tomado la libertad de llamarle TREN/CAMINO, nos enfrentamos a ciertos temas sustanciales:

La vida de los yaquis en las haciendas henequeneras, apartado en el que no evitamos pasar a saludar en nuestro recorrido el *México bárbaro* de John K. Turner y a las *Mujeres yaquis* de Jane Holden Kelley. Estos saludos nos ayudan a introducir el contexto de partida para un ahora más amplio recorrido. Importante es conocer este apartado porque se menciona una de las premisas en relación con el conflicto de la conservación de la identidad: “Por aniquilación de elementos culturales a los deportados les fueron quemadas sus ropas y cambiadas por el clásico atuendo maya” (p. 30).

Una de las intenciones de Raquel Padilla con el libro que nos ocupa es la de recuperar el conocimiento de la vida cultural cahíta en el lugar del destierro. Hay que entender que el grupo yaqui se afirma en su